

Gerardo Molina: las condiciones sociales de la libertad

"... En esa época yo dije que la libertad era sirióninia de cambios sociales profundos".

GERARDO MOLINA

El presente ensayo estudia el contenido y alcance de una de las obras más significativas -y olvidadas- del pensamiento político colombiano: *Proceso y destino de la libertad*, de Gerardo Molina. El libro salió a la calle en octubre de 1955 y a los pocos años era una rareza bibliográfica. Era un volumen académico y comprometido, analítico y aplicado, que buscaba difundir una novedosa perspectiva de la libertad con reflexiones para el caso de Colombia. Presentaba la evolución de las libertades en Europa, su "proceso", y la suerte de la libertad en los años de posguerra, su "destino". El autor aprovechaba, además, la ocasión para exponer los fines del "socialismo democrático" y discutir los retos y estrategias que esta modalidad de la izquierda occidental debería afrontar en los países pobres como Colombia.

Los años cincuenta fueron tiempos de profundas y dramáticas tensiones políticas. La década comienza en Colombia con una quiebra de la democracia, que sólo vendría a restablecerse en 1958 con la llegada del

Frente Nacional. El gobierno de Laureano Gómez, autoritario, poco amigo de la conciliación y muy inclinado a la ideología católica y a los aires franquistas, intensificó la violencia rural y restringió la participación política que había surgido durante los gobiernos liberales de los años treinta y cuarenta. Las movilizaciones de Jorge Eliécer Gaitán, el ascendiente popular de su reciente campaña presidencial y los sucesos del "bogotazo" -del 9 de abril de 1948-, estaban todavía muy frescos en la mente de los dirigentes conservadores.

El sistema político no parecía tener la suficiente elasticidad para aceptar en su seno a nuevos actores sociales y responder a las crecientes demandas de los sectores populares. No hubo acuerdo entre los partidos, Gómez comenzó a alejarse del Estado de Derecho y el parlamento y la justicia perdieron sus funciones en medio de la intimidación y el uso permanente de la fuerza. Un observador extranjero resumió el clima de aquellos años en un tono bastante sombrío: «... Como si se tratara de una maldición, una violencia aterradora arrasó el país. Las libertades civiles murieron y los partidos de oposición fueron silenciados: bandas de campesinos libraron batallas campales con el ejército y la policía;

refugiados aterrorizados invadieron por miles las ciudades despoblado el campo; las cárceles se llenaron de presos políticos. Finalmente, cuando los colombianos no podían resistir más, llegó el ejército para acabar con la *danse macabre*».

Al frente del ejército venía el general Rojas Pinilla, quien mediante un golpe de estado incruento y los aplausos de liberales y conservadores, se hizo al gobierno en junio de 1953. La administración de Gómez se había hecho insufrible y su gestión había perdido el apoyo de los industriales y de los miembros más prominentes de su propio partido. En un principio Rojas contó con el entusiasmo nacional y las ovaciones de la prensa, pero una vez que manifestó deseos de permanecer en el poder más allá de lo pactado, la retirada de las fuerzas políticas no se hizo esperar. Con ello vino la censura a la prensa y el régimen militar comenzó a perder legitimidad entre las clases medias y los grupos dirigentes. Durante los cuatro años del "jefe supremo" no hubo elecciones, parlamento ni actividad política institucional; sus actos estuvieron avalados por una Asamblea Nacional Constituyente convocada por el gobierno anterior para introducir modificaciones en la Constitución. Esta Asamblea se arrogó las funciones legislativas del Congreso y a poco se constituyó en la fuente de legalidad de todas las acciones del gobierno militar. Rojas cayó en 1957 motejado de "dictador" y al momento los partidos liberal y conservador pusieron en marcha un programa dirigido a restablecer la paz y la concordia nacional que desembocó en los dieciséis años del Frente Nacional.

Estas tensiones sociales promovieron numerosas reflexiones políticas. Como en ninguna época anterior de la historia de la cultura nacional, los años cincuenta fueron

generosos en libros y ensayos sobre el Estado, los partidos, la libertad, la violencia, la dictadura y la democracia. Algunos tenían pretensiones teóricas, otros eran de carácter testimonial y otros más volvían sobre el pasado para legitimar opciones políticas y aunar programas de reconstrucción social. A la mayoría de ellos los asistía un impulso polémico promovido por los conflictos de partido y los debates sobre el manejo del Estado. Unos provenían de la izquierda otros de los sectores liberales y unos pocos de las moradas conservadoras. Algunos ejemplos serían suficientes para observar la amplitud y alcance de estas reflexiones. Al comienzo de la década, en 1951, Antonio García publicó *La democracia en la teoría y en la práctica*, obra en la cual intentaba desarrollar una noción integral de la democracia dirigida a superar las limitaciones de las versiones comunista, liberal y cristiana. A este volumen de anhelos teóricos le siguió en 1952, en inglés y en español, *Entre la libertad y el miedo*, una difundida crónica de Germán Arciniegas sobre las dictaduras latinoamericanas, en cuyas páginas estudiaba los regímenes de "corte neofascista" de Mariano Ospina Pérez y de Laureano Gómez. Ambos esfuerzos fueron continuados a mediados de la década por cuatro libros de distinta factura, dos de ellos salidos de los cenáculos liberales y otros tantos de las canteras socialistas: *Cuestiones colombianas*, de Alfonso López Michelsen; *De la República a la dictadura*, de Carlos Lleras Restrepo; *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*, del prolífico Antonio García, y *Proceso y destino de la libertad*, de Gerardo Molina. Los dos primeros estudiaban la caída del partido liberal y el ascenso de los conservadores, el tercero analizaba las lecciones de la experiencia de Jorge Eliécer Gaitán y el cuarto examinaba un

«tema insondable eternamente recomenzado»: la libertad. En este clima de exploración y análisis de la política no podía faltar un título sociológico, pretensión que fue llevada por la *Sociología política de Colombia*, de Eduardo Santa, un ligero y descuidado recuento de las luchas partidistas que llevaba un entusiasta prólogo de Antonio García. En aquel mismo año de 1955, cabe recordarlo, se difundió en Caracas la extensa, variada y rica crónica de la insurgencia campesina de Casanare, *Las guerrillas del Llano*, de Eduardo Franco Isaza. Dos años después, las páginas de la legendaria revista *Mito* divulgaron el agudo ensayo de Daría Mesa, "Treinta años de historia de Colombia", que ofrecía un balance de la reciente evolución política del país. Estetrajado se vio reforzado por la primera contribución importante de la ciencia política norteamericana sobre Colombia: *La danza de los millones*, de Vernon L. Fluharty, que estudiaba con detenimiento y esperanza el régimen militar de Rojas Finilla. La década finalizó con dos obras de posiciones encontradas, a pesar del título de "revolución" que ostentaban sus portadas: *La revolución en América*, del hijo de Laureano Gómez, Alvaro Gómez Hurtado, y *La revolución invisible*, del poeta Jorge Gaitán Durán. El primero -publicado en Barcelona en 1958- era un llamado a la tradición como requisito de la madurez y la estabilidad políticas de los pueblos, y el segundo, una defensa del cambio como condición del desarrollo económico y la modernización del país.

2

De todos estos textos el de Gerardo Molina portaba un rasgo especial. A diferencia de la mayoría de las obras políticas colombianas de la época, *Proceso y destino de la li-*

bertad presentaba una saludable distancia frente a las querellas de partido. Era un intento, con algunos esfuerzos teóricos, de estudiar la evolución de la libertad en Europa desde la Revolución Francesa hasta la segunda posguerra. Su prosa era clara, elegante, rica en matices y ajena a toda exageración y énfasis amargo. El autor no parecía criticar, sólo orientar; aun las instituciones más odiosas surgían en su pluma como susceptibles de cambio y mejora. Se alejaba de las posiciones extremas, y algunos lectores podrían inclusive encontrarlo irritante por su sentido del equilibrio, pero ante los conflictos de la década del cincuenta, su mirada contenida era quizá el instrumento más adecuado para el examen de materias tan disputadas como la libertad, la igualdad y la democracia. Todo ello le confería a sus páginas un tono de objetividad, mesura y ponderación que, como sabemos, fueron también los rasgos más característicos de la personalidad de Molina. Esta conducta contenida irrigó así mismo su filosofía política y su visión de los cambios sociales. Nunca el laudo de Buffon -"el estilo es el hombre"- parecía haber encontrado su mejor ejemplificación. En Molina el estilo de exposición, de pensamiento y de vida eran elementos afines, esto es, el resultado de un proyecto donde la prudencia, el decoro y la búsqueda de lo posible estuvieron siempre bajo la égida del mismo ímpetu.

Proceso y destino fue el producto de una larga estadía del autor en Francia. Molina había abandonado el país a finales de 1948, y sólo regresaría a Colombia en enero de 1954, cuando el gobierno de Rojas Pinilla todavía gozaba del apoyo de liberales y conservadores. Se había ido a Europa para «escapar de la opresión que había en el país en esa época de dominación conservadora que se fue agravando a partir del 48 con las die-

taduras de Ospina Pérez, Laureano Górniz y Urdaneta Arbeláez»⁴. En París tuvo oportunidad de familiarizarse con una amplia literatura sobre problemas sociales y de seguir las clases de renombrados profesores de derecho público, como los sociólogos Maurice Duverger y Francois Goguel, el historiador de las ideas políticas Jean-Jacques Chevallier, el constitucionalista de origen ruso Boris Mirkine-Guetzevitch y los tratadistas de la democracia Georges Burdeau y Georges Vede!. La mayoría de ellos provenían de las ciencias jurídicas, y sus reflexiones sobre el campo de la política estaban muy unidas a los estudios constitucionales. *Proceso y destino* debe mucho a las enseñanzas de estos profesores: «en muchas partes [del libro] —escribió Malina—, es difícil separar nuestro pensamiento del suyo, y a veces aparecerán como propias expresiones que en rigor corresponden a ellos. Es lo que ocurre siempre en las relaciones entre profesor y discípulo». Con su tradicional modestia, no pretendía originalidad alguna en un campo tan incierto, movedizo y trasegado como el de la libertad.

La motivación de *Proceso y destino* provenía de la experiencia del último año de gobierno de Ospina Pérez y de las hazañas coercitivas de la administración de Laureano Górniz. Por primera vez en muchos años —desde la caída del general Rafael Reyes en 1909—, los colombianos no advertían con suficiente claridad los peligros de la pérdida de la seguridad y la libertad personales. Molina seguía de cerca los acontecimientos del país: su exilio europeo era físico, no espiritual. En su periódico mensual *Colombia Libre: de la resistencia a la democracia*, impreso en París entre 1950 y 1951, registraba los sucesos colombianos con particular vivacidad. Por todas partes sentía una crisis de la democracia y una ac-

ción del ejecutivo contra el Estado de Derecho. La justicia era una mera extensión del aparato de gobierno, y el Congreso —clausurado por Ospina en 1949 «por haber perturbado el orden público»—, había sido renovado dos años después con nombres escogidos por el propio presidente Górniz. Ante sus ojos había una dictadura embozada en un manto constitucional. Era necesario, por lo tanto, volver una vez más sobre los fundamentos de la libertad y las instituciones que la amparaban: revivir sus fines, sus logros, pero, sobre todo, explorar las formas de alcanzarla o de recuperarla una vez que se había perdido. En el prólogo a *Proceso y destino* describió la situación del país con palabras muy similares a las ya citadas del norteamericano Fluharty: «[Desde 1949], los cuerpos de representación fueron abolidos, subyugada la prensa, suspendidas las garantías sindicales, quebrantada la autonomía de la inteligencia, intervenida la justicia. La pena de muerte, borrada de los estatutos, fue decretada contra el real o supuesto enemigo político; más de la mitad de los colombianos fueron proscritos dentro de su propia patria» (p. 4)⁶.

Pero Francia no fue sólo un lugar de exilio y reflexión sobre de la situación colombiana. Fue también una experiencia política de primer orden. Allí Malina tuvo oportunidad de asistir a la reconstrucción de Europa después de la segunda Guerra Mundial, de observar las tensiones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética —la guerra fría— y de contemplar las luchas de los grupos de izquierda contra los retoños fascistas. En medio de estos combates estudió las críticas a la experiencia soviética y fue testigo de las movilizaciones de los partidos socialistas, de las organizaciones sindicales y de los grupos académicos contra el renacimiento de la extrema derecha y de las prácticas de in-

timidación en el mundo universitario. De ello aprendió que la libertad y sus compañeras de viaje, la igualdad y la democracia, no están en el seno de los pueblos; son por el contrario el fruto de dilatados y permanentes esfuerzos de sectores enteros de la sociedad. «Me pareció entonces que era un deber informarles a mis compatriotas, al regresar al país, que el Occidente había salido, gracias a sus luchas y a sus sacrificios, de la noche lóbrega del fascismo, y que ahora no se aceptaba otra forma de organización que no fuera la basada en el respeto a la persona»⁷.

3

Proceso y destino examina las condiciones jurídicas, sociales y económicas de la libertad en el mundo moderno. Para cumplir su objetivo, el libro analiza un período relativamente amplio de la historia contemporánea: el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Es la sección que da vida a la parte inicial del título, el *proceso* de la libertad. Molina explora allí el legado de la Revolución Francesa, las luchas por el sufragio universal de la segunda mitad del siglo XIX, las consecuencias de la primera Guerra Mundial, la experiencia soviética, el fascismo y las lecciones de la segunda conflagración mundial. A lo largo de estos capítulos, el autor no ofrece una definición precisa de la noción de libertad, pero de su uso y contexto se deriva que por ella entendía la ausencia de limitaciones que impiden la realización plena del hombre. Y teniendo como punto focal la situación de los países subdesarrollados, la identificó con la posibilidad real de satisfacer las necesidades fundamentales de la mayoría de la población. No entendía cómo podían ser libres un hombre y una mujer analfabetos, desempleados,

sin techo y sin posibilidades de acceder a los tribunales para la defensa de sus derechos. De la tradición socialista había aprendido que libertad significa el poder de asegurarse el alimento, el alojamiento y el vestido, esto es, las condiciones mínimas para que los individuos puedan desarrollar sus iniciativas. Por ello —añotó años después— «en esa época yo dije que la libertad [era] sinónima de cambios sociales profundos»⁸.

Este marco de referencia es el que nutre las páginas de *Proceso y destino*. Los ciento cincuenta años que van de la Revolución Francesa a la segunda Guerra Mundial, son vistos por Molina como un impulso que parte de la exhortación de las libertades formales y llega a la toma de conciencia de las condiciones que hacen posible su efectiva realización. Este proceso no fue el resultado de un desarrollo lineal; estuvo por el contrario acompañado de avances y retrocesos, de éxitos y fracasos, de revoluciones y restauraciones, que convierten al libro de Malina en una historia de las luchas políticas de Occidente. La declaración de los derechos del hombre de 1789 estableció la seguridad del individuo contra los abusos del poder y los desmanes del Ejecutivo. Sin embargo, esta libertad dejaba de lado la participación de los ciudadanos en los asuntos del gobierno, vacío que promoverá los combates por el sufragio universal, cuyos logros unieron la libertad con la discusión de la democracia.

La incursión en las decisiones de la sociedad planteó una nueva dificultad: la igualdad en un mundo social y económicamente estratificado. Con ironía, Malina recuerda los temores de tres notables pensadores de la primera mitad del siglo XIX ante la irrupción de las masas en la escena política: Royer-Collard, quien hallaba intolerable «la soberanía inmoral del número»; Benjamín Constant, quien entendía la libertad como

el triunfo del hombre sobre el imperio de las «masas que reclaman el derecho de sujetar la minoría a la mayoría»; y Alexis de Tocqueville, quien amaba la libertad pero se horrorizaba ante las muchedumbres niveladoras apostadas en el pórtico de la democracia. Estos fueron también los años que asistieron al nacimiento de las ideas socialistas y de los movimientos obreros, cuya presencia en las revoluciones de 1848 espantó a los demócratas de la época. Ellas constituyeron la primera afirmación de la libertad como un problema social, como un valor que sólo llega a feliz término si se une a transformaciones significativas en la sociedad. A partir de aquellas movilizaciones y de la Comuna de París de 1871, la *question sociale* ocupará un lugar cada vez más importante en la legislación de los países europeos y en la preocupación de los analistas de la vida económica. La defensa de la familia y el trabajo se consagró en varias constituciones y la esfera jurídica comenzó a registrar como derechos lo que ayer eran meras demandas de los grupos negativamente privilegiados.

Una vez que el sufragio universal cobró fuerza en Occidente, surgieron también las instituciones y los mecanismos que le sirvieron de expresión: las elecciones y los parlamentos. Aquí Molina estudia la época dorada de las Cámaras y de las Asambleas, el derecho de oposición, la libertad de prensa y la opinión pública. Haciendo suyas las contribuciones de la investigación social empírica francesa de los años cuarenta —de las encuestas de opinión de los sociólogos Alfred Sauvy y Jean Stoetzel—, muestra cómo los medios de comunicación de masas democratizaron la información a la vez que la restringieron mediante la manipulación de los mensajes. A este asunto dedica Molina uno de los capítulos más agudos de *Proceso*

y *destino*, tratamiento que anuncia el poder aún mayor de la propaganda y de los *mass media* en la sociedad a finales del siglo XX. La autonomía desaparece cuando los actores políticos no tienen acceso a los medios, cuando la prensa está en manos de grandes empresas monopólicas y la opinión es controlada por unos pocos.

La primera Guerra Mundial enriqueció la percepción de la libertad con dos nuevas experiencias: la Revolución Rusa y la independencia de las pueblos y de las minorías étnicas del centro de Europa. Las nacionalidades oprimidas por el Imperio austro-húngaro surgieron a la vida política acompañadas de constituciones democráticas que enlazaban la liberación nacional con la idea de liberación social. De estos dos sucesos la Revolución de Octubre fue la de mayores consecuencias. Ahora el socialismo dejaba de ser un problema teórico para convertirse en un hecho real, y la noción de libertad como satisfacción de las necesidades fundamentales parecía encontrar finalmente el camino de su efectiva realización. Pero estos avances, junto con los del siglo XIX, chocaron con un obstáculo inesperado: el fascismo. Mussolini en Italia y Hitler en Alemania encabezaron, con éxito y desconcertante apoyo popular, regímenes militaristas, jerárquicos y antiliberales, ajenos a los parlamentos y al juego de los partidos. Se hicieron al aparato del Estado mediante el ejercicio de la democracia, y una vez en el poder, clausuraron el parlamento, la prensa y las organizaciones políticas. En pocas palabras, las libertades, una vez ganadas, se podían perder y echar atrás en poco tiempo.

4

Con el fascismo y su versión alemana el nazismo, finaliza el estudio de la evolución de la libertad en Occidente. Ahora Molina se

pregunta por su suerte, por sus circunstancias favorables y adversas, por el *destino* de la libertad. Ha terminado el holocausto de Hitler y Europa se halla atrapada en la guerra fría, en los enjambres de ese sofocante enfrentamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que dominó la política internacional del decenio de los cincuenta. Son los años de Molina en Francia. El armamentismo, la bomba de hidrógeno y el espectro de una tercera guerra mundial, constituían el centro de la tensión internacional. «Lo que le ha dado a la guerra fría un poder tan grande de peligro para la paz universal —escribía Molina—, es el hecho de que cada bloque siente que el adversario está ahí, en el interior, a diferencia de otras épocas, cuando se sabía que el oponente estaba más allá de los límites territoriales» (p. 166). En medio de esta guerra no declarada llegaron las depuraciones, muy familiares en el orbe soviético y nada extrañas a los Estados Unidos. Allí alcanzaron el paroxismo con las prácticas acusatorias del senador de Wisconsin, Joseph R. McCarthy, cuyo apellido enriqueció el lenguaje político con un deprimente adjetivo que todavía se escucha cuando alguien es señalado de subversivo a partir de meras sospechas. Por el lado de la Unión Soviética y de sus satélites, se afirmó la cortina de hierro, muy eficaz como estrategia de aislamiento y control de la información. En síntesis, el miedo asfixió las relaciones entre los países y las libertades individuales se vieron constreñidas por las prioridades de seguridad nacional, con funestas consecuencias para el pensamiento y la cultura.

Esto elevó a primer plano la discusión, no exenta de paradojas, de la defensa de la libertad. ¿Coerción y libertad son elementos irreductibles y universalmente antitéticos? ¿Es posible salvar la libertad sin reducir las garantías de la oposición? ¿Puede

haber libertad para los enemigos de la libertad? Los hombres de 1789 —recuerda Molina—, limitaron la acción de los agentes del *ancien régime* a fin de organizar la democracia liberal, y Napoleón no transigió con los príncipes europeos que se negaban a aceptar el mensaje de la Revolución Francesa en sus dominios. En *Proceso y destino* Molina se detuvo con especial celo en la cuestión de la defensa de las libertades. Tenía muy claro que ellas «no pueden existir si no se reduce el campo de acción de quienes las niegan» (p. 133). La Europa de posguerra y la Colombia de los cincuenta lo empujaban al tema. El temor a un renacimiento de las prácticas fascistas rondaba la conciencia de los pensadores liberales, y toda manifestación de autoritarismo —bien sea bajo la forma de falangismo, racismo, macartismo o nacionalismo ciego— era objeto de la más acerada crítica por parte de los analistas sociales. Con su irrefrenable optimismo, exhortó a los sectores progresistas a luchar por una legislación que pusiera cortapisas a los enemigos de la libertad, ya que «el pueblo, no obstante su sabiduría natural, puede ser desviado de su ruta por una prédica insistente» de los medios de comunicación de masas (p. 132). La propaganda desenfundada contra el "comunismo" ahogaba todo intento de renovación social y estigmatizaba los movimientos que buscaban una sociedad más justa.

La crítica del autoritarismo lo llevó, sin embargo, a polemizar con aquellos que identificaban fascismo con comunismo. A su juicio, al sistema soviético —«aunque se le formulen, como ocurre con nosotros, objeciones considerables» (p. 154)— le asiste una idea de democracia y una fe en el ser humano. Ninguno de estos principios se encuentra en la ideología nazi, ideario que niega la hermandad humana y el acuerdo de

que los hombres y las mujeres poseen los mismos derechos independientemente de la raza y el color. Contra este exagerado nihilismo, la visión comunista ofrece una actitud positiva sobre el destino de la humanidad en medio de un impulso libertario vinculado con la igualdad social. Ello era lo que hacía de los países socialistas uno de los representantes de las dos versiones de la democracia en el mundo moderno.

¿Cuáles eran aquellas versiones? Algunos tendían a calificarlas de "oriental" y "occidental" y otros de comunista y capitalista, pero Molina se mostró siempre más inclinado a hablar de la democracia socialista y de la liberal. Esto le permitía señalar sus afinidades, pues cabe recordarlo, ambas provenían «del mismo manantial clásico» (p. 188). Para Molina el socialismo y el comunismo no eran productos asiáticos, sino extensiones del pensamiento liberal de los siglos XVII y XVIII. En su perspectiva, la Revolución de 1917 era la coronación de lo que había quedado inconcluso en la Revolución Francesa: la abolición de la propiedad privada como condición de la igualdad social. Ello explica que el régimen soviético hiciera hincapié desde un comienzo en los derechos sociales, en las estrategias dirigidas a resolver las dificultades asociadas con la salud, el trabajo y la educación. Tenía al frente una sociedad atrasada, campesina y analfabeta que apenas conocía la vida urbana y el desarrollo industrial. Para cubrir aquellas demandas, sumadas a los peligros del enemigo externo, la agresión permanente de los países capitalistas, Rusia pospuso indefinidamente los derechos políticos, con la esperanza de que la evolución del sistema permitiera ensancharlos en el futuro. Todo esto resultó, sin embargo, en

un Estado asfixiante, autoritario y planificado, encarnado en un partido único erigido como representante de la clase obrera. La democracia liberal, por el contrario, partió de los derechos políticos, de la defensa del individuo frente al Estado y de la ampliación de la participación expresada en una pluralidad de partidos en franca lucha por el poder. A diferencia de los países socialistas, aquí las dimensiones sociales fueron dejadas de lado, y su solución fue entregada a las fuerzas económicas y a las bondades de una legislación dirigida a limitar las perversidades del mercado.

Molina criticó con severidad las limitaciones de la experiencia soviética. Encontraba un poder inmenso del Partido Comunista en los destinos de la sociedad, completamente extraño al marxismo. «Marx concibió siempre las relaciones entre el partido y la masa en una forma muy liberal y flexible, sin imposiciones del primero sobre la segunda» (p. 205). Pero con Lenin y Stalin había triunfado la tesis de que el partido debía dirigir al pueblo y convertirse en su representante. Ahora volvía a cobrar fuerza la paradoja tocquevilliana sobre la suerte de la libertad en el socialismo, que Molina recuerda a sus lectores: «democracia y socialismo —había dicho Tocqueville— están ligados apenas por una palabra, la igualdad; pero notad la diferencia: la democracia quiere la igualdad dentro de la libertad y el socialismo la quiere dentro de la servidumbre» (p. 191). En una cárcel todos son idénticos excepto unos pocos, los carceleros; allí los más, los iguales, obedecen. Molina, siguiendo a Isaac Deutscher, alababa los avances materiales de la Unión Soviética, pero censuraba la magra situación de las libertades; en la antigua tierra de los zares quería ver canales políticos flexibles que permitieran la afirmación sindical, la agitación cultural y la opinión de las minorías étnicas. Pensa-

ba, además, que era mucho mejor que existieran varios partidos, dado que «siempre habrá diferencias de situación y de *status* entre los hombres [no obstante que] hayan desaparecido las de clase» (p. 206).

En este punto, sin embargo, es donde surgen con mayor claridad las dificultades del marco de referencia del libro de Molina. Reducir la libertad a las condiciones materiales que impiden la igualdad, deja de lado otras dimensiones igualmente significativas. Allí las tradiciones políticas cumplen un papel considerable y no menos importante que las económicas. Las culturas políticas incluyen todo un complejo de hábitos y costumbres, de actitudes y creencias que guían la conducta de la población respecto de sus sistemas políticos. La nivelación económica, sin los respectivos acompañamientos institucionales en la participación, bien poco puede hacer por las libertades. En Estados los cuales el autoritarismo ha tenido un peso considerable, la libertad y su ejercicio no es fácil de naturalizar en la mente de la población. América Latina invirtió todo el siglo XIX y parte del XX en la afirmación de las prácticas democráticas, y aún después de casi dos siglos de independencia y de desarrollo económico, muchos observadores dudan de su fortaleza como forma natural de gobierno. La experiencia de los países socialistas constituye una réplica, con sus propias acentuaciones, de este patrón general. Surgieron en medios atrasados donde la opresión y los usos totalitarios fueron la pauta históricamente dominante. «Es por completo fantástico imaginar —escribió el poeta, novelista y máximo historiador del pensamiento socialista G. D. H. Cole— que la revolución pudo haber triunfado, en Rusia o en cualquier otro país de Europa Oriental y de Asia, por los métodos de una democracia liberal de la cual ninguna tradición existía en estas sociedades, como tampoco existía ninguna base para crearla. Igualmente

absurdo sería pensar que al día siguiente de la Revolución Rusa pudo haberse establecido un régimen democrático liberal del tipo occidental»⁹. Después del asalto revolucionario, de la toma del poder, un partido, o grupos reducidos de la sociedad muy proclives al despotismo ilustrado, se dieron a la tarea de impulsar, mediante prácticas autoritarias, una serie de reformas económicas fundamentales. Con un férreo control político querían transformar sociedades "primitivas" en sociedades "modernas". En aquellos experimentos los procesos de participación fueron mirados como un "estorbo", como un impedimento que retardaba la velocidad de los cambios. De todo ello resultó que el advenimiento de la libertad, definida como la felicidad del individuo, fuera considerado un producto natural y espontáneo del desarrollo económico. Pero como este último se toma años, décadas y fracciones completas de una centuria, el reino de la felicidad se convierte al final en un asunto lejano y siempre difícil de determinar. Una, dos y más generaciones se ven sacrificadas en pos de un ideal que nunca parece llegar, a pesar del énfasis que ponen en su inminente arribo los profetas armados que entretanto piden sacrificios ilimitados a sus pueblos".

Sin duda, Molina se daba cuenta de estas dificultades, pero su temor a caer en el formalismo jurídico y su amor por la igualdad social le llevaron a subrayar los fundamentos económicos de la libertad. Como buen heredero de la tradición socialista, la emancipación humana tenía forzosamente que pasar por la emancipación material. Para resolver estas contrariedades puso especial cuidado en los cambios integrales, aquellos que velan por la libertad a medida que se impulsan las mudanzas de la estructura social. Ello fue precisamente el núcleo del "socialismo democrático" que deseaba difundir.

direntre los colombianos, un socialismo que buscaba la socialización paulatina de los medios de producción sin limitar la participación de los grupos en la dirección de la sociedad. A este asunto dedicó las últimas páginas de *Proceso y destino*.

5

Malina termina su libro con una "contribución al estudio de la libertad en Colombia". Desde el punto de vista fáctico, es la parte más débil de *Proceso y destino*. Aquí el autor vacila, aborda un asunto y al momento lo abandona sin lograr que la reflexión tome un camino definido. Si bien la prosa conserva la claridad y riqueza de vocabulario de los capítulos anteriores, la expresión se hace ahora más discursiva que explicativa, más retórica que analítica. Allí el analista social pierde terreno ante el periodista y el agitador político. Era evidente que carecía del soporte bibliográfico de las primeras secciones y no encontraba antecedentes en los cuales pudiera apoyarse. La documentación sobre el país era pobre y la cuestión de las libertades exigía una investigación primaria que él no estaba en condiciones de emprender. No había trabajos sobre historia política ni estudios confiables sobre los partidos, los movimientos sociales, el derecho, la legislación y la formación del Estado, tema este último que el mismo Malina habría de abordar en el futuro, pero que no logró llevar a feliz término¹⁰. Y las indagaciones constitucionales existentes apenas superaban la exégesis del comentario y la glosa de las numerosas cartas políticas que habían acompañado al país desde los lejanos años de la Independencia. No es extraño entonces que en la nueva edición de 1989 de *Proceso y destino*, Malina hubiera reemplazado estas páginas por dos extensos capítulos sobre la historia política reciente de Colombia.

No obstante las dificultades apuntadas esta sección tiene un doble interés para los estudiosos del pensamiento de Malina. Allí vuelve una vez más sobre la idea de las condiciones sociales y económicas de la libertad y ofrece la primera exposición organizada de su programa socialista. Respecto del primer punto, revela cómo el país presenta una enorme distancia entre la realidad circundante y los textos legales. Colombia es un Estado liberal al frente de una sociedad con marcadas diferencias sociales; una nación con una superestructura jurídico-democrática asentada en una infraestructura jerárquica y profundamente estratificada. Entre un obrero metalúrgico de Bogotá y el peón de una hacienda de Cundinamarca existe la misma diferencia que hay entre un londinense y un campesino de Indonesia. En Colombia las numerosas disposiciones no han servido para lo que teóricamente pretendían: la felicidad del individuo. Las leyes existen pero no llegan a la población, y «una organización tan exigente como la democracia no puede funcionar sobre una plataforma socavada por la enfermedad, el hambre y el analfabetismo» (p. 246).

Respecto del programa socialista para Colombia, Malina recoge aquí las conclusiones de su libro y expone la estrategia dirigida a minar los obstáculos estructurales de la libertad. Si se quiere acoplar el Derecho con la realidad circundante, hay que comenzar por transformar esta última. La democracia y la libertad sólo han podido resistir a los frecuentes asedios de sus enemigos en aquellas regiones que han alcanzado el bienestar económico. En el desarrollo de estas ideas, Malina se acerca a una tradición intelectual y política poco conocida en la izquierda nacional -el laborismo inglés-, que le sirve de soporte para tomar distancia ante el marxismo y su versión rusa, el leninismo. De los socialistas británicos apren-

dió el valor de luchar por objetivos limitados y viables a un corto plazo: nacionalización de los servicios públicos, redistribución de los ingresos mediante impuestos crecientes, uso del sufragio universal como mecanismo educativo y participación en el parlamento para demandar ayudas del Estado. Política socialista que no muestre resultados concretos está llamada al fracaso. A esto sumó un rechazo ante la violencia y los métodos revolucionarios, y una defensa del ideario liberal que se tradujo en la impugnación de las nociones de dictadura del proletariado y de partido único como supuesto representante de los intereses de la clase obrera¹².

Este fue el punto de partida del programa socialista que deseaba difundir entre los colombianos, y que en líneas generales continuó siendo el mismo hasta el final de sus días. ¿Cuáles eran sus estrategias? A juicio de Malina, en los países subdesarrollados el capitalismo tenía todavía una larga vida y mucho por hacer. Más que hablar allí de una socialización inmediata de los medios de producción, lo más apropiado sería emprender un movimiento pausado en dirección al socialismo. Se debían evitar los conflictos y los enfrentamientos entre la población. Los tres sectores claves de la vida económica -el público, el industrial y el agrario- debían trabajar juntos, y a medida que fuera creciendo la industria, el Estado participaría en la gestión empresarial mediante el sistema de la economía mixta. Con ello se lograba una creciente influencia del gobierno en los destinos de la nación, y el país se iría transformando gradualmente en una economía socializada. Sería un error táctico que los socialistas concentraran su atención en las nacionalizaciones más allá de los servicios públicos. Crearía enormes resistencias en la sociedad, y no sería un asunto prioritario, ya que el Estado posee

los medios -créditos, control de precios y disposiciones de comercio exterior- para fijar las exigencias del momento. Más que la destrucción de la propiedad privada, la actitud más inteligente de los socialistas es la de promover una buena legislación social y hacer que la economía funcione con eficacia.

Dado que en países como Colombia el sector agrario es el dominante, las energías deben trasladarse a la realización de una reforma agraria. Se entregará la tierra a los trabajadores, pero su socialización vendrá después. Por ahora, escribe Malina, «es necesario que el campesino satisfaga su ancestral obsesión de poseerla» (p. 271). Todo agricultor comprometido con las actividades productivas debe ser respetado, aunque sea rico. Sería necio destruir la producción existente cuando el objetivo central de los socialistas es el aumento de la riqueza nacional. En la esfera internacional, se debe luchar por la defensa de los recursos naturales y de los productos exportables. Antes que la liberación de las clases trabajadoras, los países del Tercer Mundo deben luchar por su liberación como naciones trabajadoras. Esta sería una bandera mucho más efectiva que «el clásico trapo anti-imperialista desacreditado por la propaganda del comunismo a fuerza de agitarlo en todo instante» (pp. 270-71).

En la esfera de la política, especialmente en lo relacionado con la libertad, la actitud de Malina fue tajante. Encontraba inaceptable la ferocidad de la doctrina comunista. Uno de los deberes de los socialistas era colaborar con la tarea de hacer que el comunismo se apropiara de las ideas liberales. Ellas constituyen uno de los legados más preciados de la cultura occidental, y no debía olvidarse que el socialismo es un hijo directo del liberalismo y el camino máspreciado para lograr el propósito de la realización

humana anunciado por los pensadores de los siglos XVII y XVIII. Era cierto que varios aspectos del liberalismo habían fracasado, pero su espíritu asociado con las nociones de equidad, independencia y participación no habían perdido vigencia; además, lo que el socialismo rechaza del liberalismo lo supera y perfecciona. A él tendrán que volver una y otra vez las ideologías progresistas y los movimientos comprometidos con la emancipación del hombre. Una actitud crítica contra el legado autoritario de Lenin y Stalin, no debería llevar sin embargo a los socialistas a hacer coro contra la Unión Soviética. Ello sería una actitud antidemocrática y poco revolucionaria; el anticomunismo en los claustros de la izquierda, «es un homenaje contraproducente que la virtud le rinde al vicio» (p. 273).

Esta actitud no frenó en ningún momento su crítica a las prácticas poco democráticas de la tradición leninista. En una entrevista de los años ochenta volvió sobre ellas con inusitada claridad. Allí resumió sus puntos de vista y estableció con vigor el deslinde con la nociones de dictadura del proletariado y partido único, tan caras a los comunistas nativos: «No acepto la tesis leninista de la dictadura del proletariado ... Es un error hablar de dictadura en un país de tradiciones democráticas [como Colombia] y menos del proletariado que es [aquí] una minoría ... Creo que en Colombia puede o debe tomarse el poder una alianza de clases populares, no sólo de obreros, sino de campesinos, trabajadores intelectuales, clase media —yo le doy mucha importancia a la clase media: técnicos, artistas, la mujer, todos esos sectores—. Tampoco acepto del leninismo la noción de partido único. Yo creo que cuando triunfe, que tendrá que triunfar la revolución en Colombia, debe haber varios partidos. Esta es una sociedad muy plu-

ralista que es difícil que se exprese toda a través de un solo partido; tiene que haber uno o varios que critiquen o que expresen sus derechos. También le doy mucha importancia al concepto de libertad y democracia que el leninismo despreció durante largo tiempo, llamándolas libertades burguesas, una cosa de poca entidad. Yo no creo que las libertades sean burguesas, es una conquista de la civilización y deben seguir rigiendo aun cuando desaparezca la burguesía como clase principal»¹.

Estos eran los fundamentos del socialismo democrático que Molina había estudiado en Europa y quería difundir entre los colombianos. Era un pensamiento realista en busca de objetivos alcanzables. Sabía que mientras más grandes y amplios fueran los propósitos de cambio, más dilatados y difíciles serían los caminos para conseguirlos. El Estado socialista no surgiría de una sola y violenta convulsión, sino de pasos graduales, de etapas acompañadas de cambios fragmentarios en la legislación y en la administración de las cosas. Era claro que el énfasis debía mucho a la herencia fabiana del socialismo británico, aprendida en la atenta lectura de los libros del polifacético G. D. H. Cole, de Sidney y Beatrice Webb y de R. H. S. Crossman. Pero, sobre todo, de su admirado Harold Laski, cuyos libros tanto le habían ayudado a precisar las ideas liberales y a encontrar las vías menos traumáticas para el logro de una sociedad más justa².

Molina tuvo siempre en gran aprecio las páginas de *Proceso y destino*. Sabía que era un texto académico y político, teórico y aplicado, en el cual estudiaba lo que había sido la libertad y lo que a su juicio debería ser. No sólo fue su primer libro, en muchos aspectos fue también el último. Treinta y cuatro años después, en 1989, a sólo dos años de su muerte, publicó la segunda edición

ampliada, donde registró los eventos nacionales e internacionales más significativos de los tiempos que siguieron a la penosa guerra fría. Esta edición conserva el ímpetu libertario de la primera, pero frente a la confianza de los años cincuenta, ahora dejaba ver algunas dudas respecto del destino de la libertad, razón por la cual le gustaba subrayar que su optimismo era un "optimismo trágico", una esperanza en medio de múltiples angustias. Tanto del lado de la derecha como de la izquierda encontraba enemigos de la libertad y un temor por las airosas manifestaciones autoritarias de gobiernos y Estados considerados a sí mismos como democráticos. Quizá esto es lo que hace de *Proceso y destino de la libertad* uno de los libros de teoría política más sugestivos escrito por un colombiano en el siglo XX.

GONZALO CATAÑO

Profesor Titular
Universidad Pedagógica Nacional

1. Páginas leídas en la sala de la Fundación Santillana para Iberoamérica en Bogotá, la noche del 16 de abril de 1996 con ocasión del 5º aniversario de la muerte de Gerardo Molina.

2. VERNON L. FLUHARTY, *La danza de los millones: régimen militar y revolución social en Colombia, 1930-1956*, Bogotá, El Ancora, 1981, pp. 9-10. La primera edición de este libro data de 1957.

3. Su participación en el "bogotazo", cuando todavía ocupaba la rectoría de la Universidad Nacional, no fue una excepción a esta pauta de conducta. En aquella ocasión —apuntó años después— «ayudé a la causa popular en el sentido, no de una revolución social, que no la hubo [y que] no estuvo en la mente de nadie, sino que en realidad el 9 de abril, en el aspecto político social, sólo buscaba el cambio de gobierno: reemplazar a Ospina Pérez por un presidente liberal, que en ese momento debería ser Darío Echandía». Ver José Flux CATAÑO, "Gerardo Molina: una vida al servicio de la patria" (entrevista), en *Revista Universidad de Antioquia*, N° 224, abril-junio de 1991, p. 16.

4. "Conversación con Gerardo Malina", en DARÍO ACEVSOO C., *Gerardo Malina: el intelectual, el político*, Medellín, Frente Acción Política y Educativa, 1986, p. 187.

5. GERARDO MOLINA, *Proceso y destino de la libertad*, Bogotá, Biblioteca de la Universidad Libre, 1955, p. 7. Las posteriores referencias a esta obra se indicarán directamente en el texto.

6. Paradójicamente, en todo el libro no se menciona el nombre de Rojas Pinilla. Cuando el volumen salió a la luz pública en octubre de 1955, el gobierno militar llevaba más de dos años en el poder y ya comenzaba a tomar cuerpo la oposición que lo conduciría finalmente a su caída. Sólo en una nota de pie de página redactada en un lenguaje escurridizo, Molina aludió a unas objeciones del "Presidente de Colombia" a la prensa y llamó la atención sobre sus eventuales peligros para la libertad de expresión (pp. 101-102). En la segunda edición de *Proceso y destino*, de 1989, Molina suprimió esta nota.

7. GERARDO MOLINA, *Proceso y destino de la libertad*, 2ª ed., aumentada, Bogotá, Tercer Mundo, 1989, p. 13.

8. *Cfr.* la entrevista citada de José F. CATAÑO, p. 17.

9. G. D. H. COLE, "El nuevo revisionismo", en C. WRIGHT MILLS, *Los marxistas*, México, Era, 1964, p. 400.

10. La postergación indefinida del objetivo revolucionario y de los sacrificios de generaciones enteras en pos de un ideal, ha dado lugar a numerosas reflexiones en la teoría política moderna. ISAIAH BERLIN, quien ha meditado una y otra vez sobre el asunto, ha mostrado con especial agudeza el carácter trágico de los llamados a soportar grandes padecimientos en el presente para conseguir la felicidad en el futuro. Los portadores de estas profecías, recuerda Berlín, no titubean en afirmar que miles de hombres inocentes quizá tuvieran que morir para que millones pudieran ser felices mañana. Ante ello ha vuelto sobre las palabras de ALEXANDR HERZEN: «una meta infinitamente remota no es una meta, es sólo un engaño». Ver ISAIAH BERLIN, *Arbol que crece torcido*, México, Vuelta, 1992, pp. 30-32. El tema ha dado lugar, por lo demás, a innumerables recreaciones tragicómicas en los medios ilustrados. Registremos una que delata con vigor el carácter ilusorio de las metas distantes: cuenta la tradición que una vez Nikita Jruschov visitó un *koljo*; y dijo a un

campesino: «Camarada, veo el comunismo en el horizonte». «¿Qué es el *horizonte*, camarada?», preguntó el campesino. «"Estúpido! consulta el diccionario», respondió Jruschov. Cuando el Primer Secretario estaba de regreso a Moscú, el campesino se dirigió a la escuela de la aldea y pidió al maestro que le ayudara con el pesado libro de la lengua rusa. El maestro abrió el volumen y leyó en voz alta: «Horizonte: línea imaginaria que separa el cielo de la tierra y que se aleja a medida que avanzamos».

11. Publicado póstumamente bajo el título *La formación del Estado en Colombia*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia y Corporación Gerardo Molina, 1994.

12. En *Proceso y destino*, Molina no diferenció con claridad el comunismo del socialismo, pero en su segundo libro de aliento teórico, el *Breviario de*

ideas políticas, se extendió con detalle sobre el asunto. Allí subrayó seis diferencias esenciales que surgen de un clima más respetuoso de las libertades en el socialismo, en contraste con la severa actitud doctrinaria, centralista y planificadora del comunismo. Cft: GERARDO MOLINA, *Breviario de ideas políticas* Bogotá, Tercer Mundo, 1981, cap. VI.

13. DARÍO ACEVEDO C., *Op. Cit.*, p. 197.

14. A estos nombres se debe agregar, por supuesto el del francés Jean Jaures, muy afín a Malina por su concepción liberal y democrática del socialismo. En la figura de Jau res, Molí na halló, además, un ejemplo de humanismo --de interés por la cultura-- y una muestra de ecuanimidad y transacción en la lucha política, dos conductas poco frecuentes en los medios de la izquierda occidental.

Lineamientos teóricos y metodológicos para la investigación jurídica

PRESENTACION

Desde hace año y medio el cuerpo docente del Departamento de Derecho Público acudió de forma entusiasta y responsable a la convocatoria tendiente a consolidar en un solo grupo académico de investigación, los múltiples esfuerzos individuales de nuestros profesores, con respeto de la diversidad temática y de orientación tanto epistemológica como ideológica.

En un clima de respeto y pluralismo, el único fértil para la producción científica, tuvo Jugar un número considerable de reuniones académicas y seminarios, cuyo objetivo fundamental era el de formular un marco teórico conceptual que permitiese el desarrollo de las distintas líneas de investigación, cada una de ellas a cargo de un profesor, de acuerdo con los más rigurosos parámetros científicos y metodológicos, pero sin abandonar las exigencias de interdisciplinariedad.

El resultado final de este esfuerzo es el documento que hoy se publica en este primer número de la *Revista Derecho del Estado*.

En la actualidad existen en el Departamento casi una veintena de líneas de investigación, las cuales me permito enumerar, indicando el profesor responsable de cada una de ellas. De la misma manera se debe

saber que a cada línea de investigación se ha inscrito un número considerable de estudiantes de pregrado de la Facultad de Derecho, quienes, al mismo tiempo que realizan sus tesis de grado para optar al título de abogado, contribuyen al desarrollo de la investigación. Ellos asisten, además, a seminarios obligatorios sobre métodos y técnicas de la investigación jurídica, metodología de la investigación sociojurídica, teoría de los sistemas aplicada al Derecho, etc. En este contexto, han de mencionarse las tesis de Pedro Pablo Vanegas y de Carlos Berna) Pulido, desarrolladas en el marco de estos lineamientos investigativos.

Además de los responsables de cada línea de investigación, han hecho posible este trabajo conjunto el doctor Luigi Conversa, quien nos colaboró en la etapa inicial; la doctora Lucero Zamudio, como consejera y asesora permanente; el doctor Augusto Hernández y la doctora Magdalena Correa, quienes asumieron la coordinación del grupo y son sin lugar a duda artífices de los primeros resultados. El entusiasmo y compromiso permanente del doctor Federico Duque, así como de Luz Aurelia Puyo y María de Jesús Martínez, han sido indispensables para mantener vivo este proyecto.

SANDRA MORELLI RICO